

DISCURSO

Inaugural

del Año

Académico

1958

*pronunciado*

*por el Señor Rector,*

Don

Juan Gómez Millas

DISCURSO

Inaugural

del Año

Académico

1958

*pronunciado*

*por el Señor Rector,*

Don

Juan Gómez Millas

## **E**STUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE:

Hoy, como en años anteriores, al iniciar las tareas académicas, tengo la oportunidad de hablaros acerca de temas esenciales para vuestra formación humana.

Muchas cosas de importancia han ocurrido en el año recién pasado de 1957; pero, entre todas ellas, dos series de acontecimientos se destacan que afectan a vuestro porvenir: la una es de orden universal, tiene que ver con la conquista del espacio y con la rapidez vertiginosa con que la mente humana avanza en el conocimiento, cada día más penetrante, del cosmos. Aparatos de finura inigualable son lanzados como satélites de la Tierra, desde diversos puntos del Globo, para informarnos acerca de hechos que hasta ahora eran impenetrables. Esos satélites envían a los laboratorios sus ondas que, al ser inter-

pretadas, semejan voces humanas que desde el infinito nos están diciendo lo que ven y los rumores que escuchan en la inmensidad. Es un saber y un poder que se acrecientan y, como todo saber, peligroso y amenazador si no es debidamente usado para el bien general de la Humanidad.

La otra serie de acontecimientos hace referencia a la vida moral, la libertad y la justicia en América Latina y, por tanto, están muy ligados a nuestra vida cotidiana, a las relaciones sociales y morales que existen entre nosotros, en cada país y con nuestros vecinos y, en una forma más mediata, al papel que puede desempeñar nuestra sociedad latinoamericana en la historia universal del hombre.

El conocimiento físico del cosmos dará una mayor satisfacción al anhelo fáustico de dominio sobre la naturaleza y pondrá a nuestro alcance fuerzas cada vez más poderosas para el bienestar y subsistencia de una humanidad que se multiplica a un ritmo acelerado. La liberación del hombre en el ágora nos permitirá vivir con mayor justicia y bienestar moral y sacar un auténtico provecho al esquema intelectual de la ciencia. Las luchas en los cielos, corresponden a las luchas en el mundo social. Ambas series de aconte-

cimientos responden a anhelos muy profundos y por su consumación trabajaron, trabajan y lucharán muchos de los mejores hombres, aun cuando, a una gran mayoría, las metas que ellos se propusieron hayan parecido sueños inalcanzables o desafíos sacrílegos al misterio de la vida. Pero ahí están ahora, los unos anunciando con señales distintas y claras su paso por los cielos y su existencia incomprensible para millones de hombres, tan incomprensible y, al mismo tiempo, natural como el camino de las estrellas. Y ahí están, también, las revoluciones americanas poniendo libertad y justicia en el orden político y social, de una manera, en su originarse y desarrollarse, tan inexplicable como los movimientos de los astros en el espacio. Los velos que cubren la realidad siguen rasgándose y los impedimentos a la libertad y la justicia, se continúan derrumbando. Y lo que parecía imposible, surge cada día en un proceso de creación ininterrumpida.

El privilegio de ser contemporáneos nos permite saborear en parte el significado de estos acontecimientos y, por medio de esa meditación, educarnos conscientemente para una vida nueva que a paso rápido se nos brinda. Pero es una vida que mereceremos gozar en su verdadera intimidad, sólo si de alguna manera participamos

en su construcción y en la máxima medida de nuestras capacidades. Ni el saber, ni el poder que aquél concede sobre la naturaleza; ni la libertad, ni la justicia y ordenación que ésta trae, alcanzan las categorías del valor axiológico para un determinado grupo humano, si éste no participa de algún modo en su creación, en su desarrollo o en su mantenimiento. Y la participación significa compromiso. Para gozar de los progresos de la humanidad, es fuerza que nos comprometamos. Los bienes culturales no son gratuitos. No lo son para sus creadores o descubridores, a quienes demandan sacrificios y tareas, y menos lo son para quienes quieren gozarlos, en todo o parte de su auténtico sentido. No se puede confundir un aprendizaje muerto, con el verdadero saber, porque nada en la cultura se adquiere sin merecerlo. La libertad, sin esfuerzo constante para justificarla y conservarla, no es libertad, y sin asumirla con responsabilidad, deja de ser libertad; se convierte en gana pasajera, antojo arbitrario o anarquía destructora de las verdaderas fuerzas culturales.

He usado la palabra “comprometerse”. ¿En qué consiste comprometerse? En prometernos un futuro, anunciarnos una tarea, crearnos una esperanza juntamente con otros; renunciar a nues-

tra soledad para participar en una misión común y, con ello, ponernos en condiciones de construir una personalidad para un destino, que se anuncia en la conciencia como una expectativa. Si al iniciar vuestros estudios universitarios sólo pensáis en una acción egoísta e individual, en logros lucrativos y satisfacciones personales, en realidad no os comprometéis a nada y haréis temer que vuestra vida futura será una constante y subrepticia lucha contra todos y, que en el plan de acción que os señaléis, los seres humanos jugarán para vosotros el papel de objetos de vuestra prometedora y expectante actividad. Eso era lo que Hobbes, en las medianías del siglo XVII, recordando a Plauto, llamó “Homo homini lupus”, el hombre es un lobo para el hombre. ¿Qué extraño puede ser, entonces, que los demás nos conviertan también en objetos y así todos contribuyamos a destruir la base de la sociedad y de toda cultura superior, que es un compromiso? Este fue el sentido profundo del pacto social a que se refirieron sucesivamente Hobbes, Locke y Rousseau cuando pensaban en las nuevas bases para la vida política europea o en la reforma de la sociedad del Antiguo Régimen. Si vosotros queréis una reforma de la sociedad moderna en Chile, para hacerla más libre de errores y falsías,

más justa, más eficiente y, también, más agradable para el gran número, y sé que vosotros lo anheláis sinceramente, debéis comenzar por disponeros a comprometeros en la gran lucha por el progreso humano. Los unos, en la ciencia natural; los otros, en las ciencias del hombre. Los unos, en la meditación de proyectos, y los otros, una vez formados, en la acción y ejecución. Pero, todos al ritmo de sus máximas capacidades, siempre alertas y vigilantes sobre sí mismos.

Aquí no sólo debéis adquirir una instrucción superior, sino también una educación para la vida en su totalidad. Debéis educaros para ser buenos ciudadanos; por tanto, debéis conocer y comprender la política e informaros acerca de los partidos y los hombres que en ella actúan. Debéis incrementar vuestro conocimiento histórico del mundo con lecturas constantes que os permitan penetrar el sentido de los acontecimientos y ser en ellos semilla que fructifica y no paja o brizna deleznable. Debéis iluminar muchas de vuestras horas con los destellos de las artes. Aquellos que se consagren a las ciencias del hombre, que alternen con preocupaciones referentes a las ciencias de la naturaleza y viceversa. De esta manera no andaréis cojos por el mundo, sin atisbar la mitad de lo que en él ocurre. Sólo así, asenta-

dos en una cultura que guarde toda la amplitud de su sentido, escaparéis a la dura amenaza de ser máquinas humanas, y sólo así, la generación que hoy se forma tendrá la garantía de que las fuentes de la vida espiritual no han de agotarse.

Por esa garantía luchan los estudiantes universitarios y la juventud de la América Latina cuando desafían a las tiranías y abren al pueblo americano los caminos de la libertad, a fin de que las capacidades humanas se prueben y el diálogo racional descubra la realidad. Generosidad y nobleza caracterizan esos combates de la juventud americana, pero también es de suma importancia que ella mantenga hasta la edad madura su posición y comprenda que es entonces cuando los ideales son más útiles, ya que en esa etapa de la vida es cuando las fuerzas están en pleno vigor y se dispone para usarlas de una mayor experiencia.

Los ideales de vida no son sueños de poetas; son valores con existencia real y poderosos estímulos para el desarrollo de la cultura. Son ellos los que orientan y dan nuevos bríos a la acción creadora en las sociedades históricas. Ante su potencia y significado no sonrían despectivamente las altas culturas; pero sí lo hacen las sociedades cansadas, envejecidas o pervertidas que, por esto,

se convierten en paja deleznable y relleno de la historia que otras sociedades construyen y manejan.

Hay dos maneras únicas de vivir: como sujeto u objeto de los acontecimientos. No hay elección posible de una situación intermedia. Es la juventud la que elige una de estas dos maneras, al comprometerse o no en la lucha por la humanidad y por la ciencia. Compromiso que no consiste en un entusiasta estallido de superabundancia de vigor juvenil, que se gasta en una actividad pasajera; sino en un prometerse lealtad a los principios que se abrazan y consideran de valor permanente a través de cualesquiera de las circunstancias de la vida y frente a todas las horas difíciles, en las que hay que adoptar resoluciones. Muchos, desmoralizados desde temprano, tranquilizan su conciencia y se evitan las batallas diciéndose a sí mismos que la verdad al fin se impone por sí sola y que existe una justicia inmanente. Pero olvidan que la realidad es bien diferente: para descubrir la verdad hay que develar la realidad, tarea difícil y pesada. La justicia o el bien, frente a las pasiones, prejuicios e intereses, son muy débiles y cuestan, también, largos y prolongados esfuerzos para llegar a hacerlas vivir en las costumbres y en las leyes. La pusila-

nimidad, la pereza intelectual y la cobardía moral han inventado los pérfidos engaños de una justicia inmanente y de una verdad que por sí misma se devela. A la verdad hay que forzarla y ésa es la tarea de los justos y de los sabios. ¿No conocéis la trágica historia de la justicia y de la ciencia? En el meollo de la historia está esa lucha denodada de los héroes del bien, la belleza y la verdad. Los verdaderos logros alcanzados por el hombre han costado enormes y persistentes esfuerzos y han sido esos esfuerzos los que han jalonado las etapas de la vida cultural, han hecho surgir de la selva primitiva el mundo del hombre.

Esa constante tradición de esfuerzo espiritual es el legado más rico que cada generación deja a la que sigue y su conocimiento histórico es la más constante educación de la personalidad, justamente para la revisión del pasado y la elaboración de nuevos proyectos que abran el porvenir a un bienestar más amplio y un conocimiento más profundo del cosmos y del hombre. No sólo importa saber cómo y por qué sistemas de tanteo intelectual ha sido develada la realidad cósmica o social, sino también, quiénes lo han hecho, frente a qué circunstancias, favorables o adversas, y el valor moral contenido en sus esfuerzos.

¿Acaso el ejemplo de otros no es un estímulo para dar los saltos sobre los abismos y convertir en realidades vivas y manejables aquello que, en un comienzo, no parecía más que sueños y vacilantes aproximaciones? Pero para adquirir el coraje necesario para desafiar los prejuicios, las incomprendiones, los intereses creados y nuestra propia indolencia se necesita, antes que nada, tener fe para vivir, confianza en nosotros mismos y, por sobre todo, estar resueltos a comprometernos en el esfuerzo.

Nuestra propia vida nos es ajena cuando no la sentimos en nuestras manos. Para que podamos tenerla a la mano, es necesario percibirla en el camino hacia una meta y no existe camino, ni meta, si no hay resolución y compromiso que, como una luz, ilumine la vigilancia de nuestro comportamiento, nos permita ajustar nuestras pasiones y deseos y esclarezca nuestros esquemas intelectuales. Todo esto constituye el trabajo de conformarse a un ideal superior de formación y educación de uno mismo por uno mismo. Somos, si lo queremos, los arquitectos de nosotros mismos, de nuestro edificio interior y exterior. Esta es una actitud que nos permite en forma positiva vivir en la vida cultural de nuestro tiempo, contribuir a su desarrollo, participar en lo me-

dular de su estructura y abrir el porvenir, y es lo que denomino "tenernos a la mano". Es el secreto más íntimo del carácter y de la vocación, de la vocación como llamado interior que escuchamos o desatendemos y que, al preocuparnos, nos concede como premio intransferible la libertad humana y la capacidad de ser portadores de la cultura.

Fe para vivir y libertad humana significan confianza en la humanidad; en ella está la fuerza del compromiso; en que en esa totalidad existen muchos seres individuales capaces de ser mejores de lo que son por el momento, que creen en la vigencia de altos valores, que son capaces de sacrificios por el bienestar de otros más desvalidos y que están dispuestos a dar retazos apreciables de sus vidas por vencer las injusticias, amorrar dolores y llevar paz y alegría allí donde amenazan la guerra y la angustia. Fe para vivir significa actitud optimista que se afirma en un análisis positivo de la historia humana. ¿No es optimista la juventud europea que lucha, trabaja y construye, a pesar de las catástrofes de todo orden que ha experimentado en los últimos años? Aún no se termina de despejar el montón de ruinas materiales y morales que dejaron los años azarosos recién vividos, cuando ya siente el deseo

de cantar y soñar por un mundo mejor. Esa es la actitud que ha permitido reconstruir los países, reformar las sociedades, levantar nuevas industrias, reorganizar sus enseñanzas, reacomodar sus universidades y abrir insospechados caminos a la ciencia y a la tecnología.

Optimista es también la juventud americana que, en medio de las selvas tropicales, combate con escasos recursos por la libertad de su patria y que reproduce en los tiempos modernos las hazañas legendarias de los héroes civilizadores de la Grecia Antigua. Ellos pasarán a la historia como éstos, llevando esculpido en sus escudos la cabeza espantosa de la Hidra de Lerna. Sus hazañas de hoy despertarán la imaginación de los niños por cientos de años y la narración de sus aventuras estimulará en ellos otra vez el ansia incontenible de nuevas libertades, el amor a la justicia, a la belleza, a la verdad y al bien.

El afán ilimitado e incontrolado de poder arrastra a veces al hombre a utilizar su saber para su propia destrucción. Ahora más que nunca corremos ese peligro en el uso inmoderado e irracional de la irradiación atómica. Desde todos los puntos de la tierra llegan voces de advertencia. A vosotros, futuros científicos, os corresponde escucharlas y convertir los progresos de la

ciencia en bienes de la humanidad y no en fuente de terribles males. Antes de terminar quiero que meditéis algunas de las palabras con que Albert Camus recibió el premio Nobel de Literatura, en noviembre del año pasado. Dijo así:

“Cada generación ve, sin duda alguna, que su tarea consiste en una reconstrucción del mundo. Pero mi generación sabe que ella no la realizará y que, en cambio, tal vez tenga que cumplir una obra aún mayor: la de impedir la destrucción del mundo. Ella, como heredera de una historia podrida, en la que revoluciones fracasadas, tecnicismos enloquecidos, dioses muertos e ideologías falsas se confunden; en la que poderes sin grandeza pretenden aniquilarlo todo, sin lograr convencer a nadie; en que la inteligencia se ha rebajado a tal punto como para ponerse al servicio del odio y la tiranía, esta generación ha sido impelida por su aversión contra el odio dominante, a luchar por la reconstrucción de aquello que hace digna la vida y la muerte.

Ella sabe, al encararse con un mundo amenazado de disolución, en el que los grandes inquisidores tienen la posibilidad terrible de establecer para siempre el reinado de la muerte, que corre contra el tiempo al querer establecer una paz entre los pueblos que no esté basada en la

servidumbre y que concilie el trabajo y la cultura y logre la íntima unión de todos los hombres para llegar a una nueva forma de convivencia. No es seguro que se alcance a realizar toda esta inmensa tarea; pero sí es cierto que ella ha tenido la osadía de lanzar, a través del mundo entero, su grito de verdad y libertad y que está dispuesta a morir sin odio por ellas”.

Y ahora, jóvenes, al volver a vuestros hogares, pensad en el privilegio inmenso que os habéis ganado: trabajar por los más altos valores del hombre, para haceros dignos de la gracia de existir.